

TRES GAZAPILLOS BORGIANOS DE TEMA ODISEICO

Carlos García Gual
Universidad Complutense

Repasando las alusiones al mundo clásico en las obras de J. L. Borges he encontrado tres que se prestan a un pequeño comentario de retoque. Son tantas y tantas las referencias del escritor argentino a las figuras y autores antiguos de Grecia y Roma, que no es raro, en él que tanto gustaba de rememorar viejas lecturas y pasajes que le habían emocionado muchos años antes, notar algún breve despiste o inadvertencia¹. No se trata, de ningún modo, de palmetazos de erudito sobre los nudillos del poeta; al contrario, son observaciones de lector atento para una charla ya imposible.

Leí hace poco el breve artículo de Manuel Sanz Morales "Hermes, Jano y un error de Borges en *La muerte y la brújula*" (en *Epos*, VI, 1990, pp. 561-564), que advertía un pequeño error en uno de los más famosos cuentos de Borges. Lo hacía en un excelente y simpático tono, revelador de sus lecturas detenidas del maestro argentino. La frase "un Hermes de dos caras proyectaba una sombra monstruosa", le parece a M. Sanz un despiste borgiano. Más adelante, en el mismo cuento, dice el narrador: "el odioso Jano bifronte que mira los ocasos y las auroras daba horror a mi ensueño y a mi vigilia". En efecto, el dios de dos caras debe ser Jano y no Hermes, anota pulcramente el helenista. Borges se distrajo, o tal vez "introdujo intencionadamente el error". Tratándose de un relato policíaco de tan sagaz cuentista, tal hipótesis sería admisible. Pero M. Sanz se decide, al fin, por la distracción.

Opino, sin embargo, que no hay ni distracción ni error. Sólo sucede que ahí Borges utilizó la palabra "Hermes" no para designar a un dios concreto (siempre pensó que se trataba de Jano), sino un tipo de estatua: un busto con dos caras opuestas. En tal sentido se usaba

1.- Sobre los ecos y alusiones a los clásicos griegos y latinos remito a mi artículo "Borges y los clásicos de Grecia y Roma" en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 505-507, jul.-sept. 1992, dedicado enteramente a Borges.

“Hermes” en castellano; aunque tal vez fuera mejor escribirlo con minúsculas: “un hermes” es un busto de dos caras, que puede representar a un Jano bifronte. Según el Diccionario Espasa, en una edición que podría haber manejado Borges, un Hermes es “simulacro a modo de estatua, sin brazos ni piernas y con una cabeza por lo regular de dos caras mirando a lados opuestos”. Y sigue: “El cuerpo está formado por un estípite cuadrangular que servía de soporte al busto que solía representar al dios Hermes”. En efecto, los antiguos empleaban a menudo esos bustos para Hermes, el único dios griego al que en principio se dedicaban bustos callejeros, pero ya desde época romana un “hermes” servía para representar a Jano o bien a dos personajes unidos por alguna relación. Por ejemplo, dos historiadores como Herodoto y Tucídides, o dos filósofos, podían formar un “hermes” de un salón romano. Tenemos muchos ejemplos. Y cuando Borges escribió “un Hermes de dos caras proyectaba una sombra monstruosa” evocaba tan sólo la forma de ese busto, sin definir quién estaba representado. Sólo después dirá que se trataba de un Jano.

Los tres pasajes que voy a citar ahora apuntan a una distracción distinta. Los tres tienen en común que son sobre la *Odisea* y su héroe, uno de los libros y personajes más citados por nuestro autor. Es probable que el mismo Borges conociera ya alguna de estas tres inexactitudes y no les diera mucha importancia². Sólo la tercera me parece de un cierto peso.

En *El otro, el mismo*, hay varias menciones de Ulises. Pero la más amplia alusión a la *Odisea* en este libro de título heraclíteo es el famoso soneto titulado “*Odisea*, libro vigésimo tercero” que comienza:

Ya la espada de hierro ha ejecutado
la debida labor de la venganza;
ya los ásperos hierros y la lanza
la sangre del perverso han prodigado.

Repetidamente evoca el poeta el hierro de las armas. Pero es bien sabido que no es la espada, sino el arco, el instrumento de la venganza de Odiseo, y que los guerreros homéricos no emplean armas de hierro, sino de bronce. La “espada de hierro” corresponde a otras épicas, al mundo sajón y al vikingo, otras veces bien evocados por Borges.

Es curioso que el propio Homero mencione alguna vez, contra su intención arqueológica, el hierro. El poeta bien sabía que en el tiempo de la *Ilíada* y la *Odisea* las armas eran de bronce y era inusitado aún el hierro. Pero como él ya vivía en la Edad de Hierro, a veces se le escapa una mención de este metal. Por ejemplo, en expresiones metafóricas, cuando dice de alguien que tiene “un corazón de hierro”. Por otra parte, al final de la matanza de los pretendientes, con arco y lanza, Ulises echa mano a una espada (*Od.* XXII, 365 y ss.), con la que degüella a Leodes y casi mata a Femio. Quizás ese detalle flotaba en la memoria de Borges, que no desconocía el famoso arco y la masacre del final de la *Odisea*³.

Vamos al segundo ejemplo. Lo tenía ya anotado cuando lo encontré muy bien destacado en una página del libro de Estela Canto *Borges a contraluz* (Madrid, Espasa-Calpe, 1989, págs. 222-223). Lo mejor será copiar esas líneas aunque sea larga la cita:

2.- Como señala E. Canto en el pasaje que cito más adelante.

3.- El soneto trata del final de la *Odisea*. Probablemente Borges sabía que los estudiosos consideran que el canto XXIV es un añadido de algún aedo al que le gustó tanto la *Nekuia* que la imitó en esa segunda visita (no de Odiseo, sino de los pretendientes) al mundo del Hades. La primitiva *Odisea* pudo acabar en ese *happy end* del reencuentro de los esposos y su retiro nocturno al dormitorio conyugal. Pero pesa además en este soneto la

TRES GAZAPILLOS BORGIANOS DE TEMA ODISEICO

Sin embargo, (Borges) no se privaba de pequeñas trampas cuando había que lograr un efecto literario, "como cualquier tahúr". Escribe en un poema:

Dicen que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisarse Ítaca...

Hacia unos años él me había traído la *Ilíada* y la *Odisea* en inglés y yo había leído, entusiasmada, la *Odisea*. No así la *Ilíada*, que se me cayó de las manos. Hablamos de la mágica noche en que Ulises, envuelto en trapos y bajo un manto de mendigo, está, junto a una inmensa chimenea, a los pies de Penélope adormilada, que cree haber hablado en sueños "con su señor".

Borges tenía una curiosa teoría acerca del concurso de tiro en el cual participa Ulises, todavía cubierto con los trapos de un mendigo, con los pretendientes de Penélope. Nadie puede mover el arco de Ulises, salvo él. Según Borges, esto aludía a la perfecta adecuación sexual entre Ulises y Penélope. El arco de Ulises era el símbolo del perfecto entendimiento entre los dos. Una sorprendente penetración psicológica en este hombre, siempre inesperado, que solía rehuir este aspecto de la realidad.

Pero volvamos al tahúr. Le recordé que Ulises "nunca había divisado Ítaca". Uno de los momentos sublimes del poema sobreviene cuando Ulises, envuelto en la niebla, sobre una playa, después de un naufragio, no se da cuenta de que esa niebla y esa playa son las brumas y arenas de Ítaca. "Estar en Ítaca" es algo que Ulises no siente inmediatamente. Tampoco ha visto la isla a la distancia. Para saber que ha llegado necesita algunos hechos: un viejo perro decrepito que se levanta, mueve la cola, aúlla y muere tras reconocerlo; caminar por la playa y hablar con algunas personas; entonces entra en su conciencia la idea de que "está en Ítaca".

Cuando le hice notar esto, diciéndole que había hecho trampa por no sacrificar un verso bien torneado, me contestó que eso no tenía importancia, que la gente en general no leía la *Odisea* y que, incluso en caso de leerla, no lo iba a advertir.

Creo que tenía razón: ninguno de sus exégetas, ni siquiera los más eruditos, advirtió este detalle. Por otra parte, en caso de advertirlo, no se habrían atrevido a corregirle la plana.

Esta página del libro de Estela Canto, libro un tanto chismoso pero muy interesante para conocer mejor a Borges, me parece muy perspicaz. Poco importa que ella, a su vez, olvide algún detalle menor: Ulises llega a Ítaca no en un naufragio, sino dormido en la nave mágica de los feacios y, al despertar, habla con la propia Atenea disfrazada. Lo decisivo es que Ulises, en efecto, no pudo "llorar de amor al divisar su Ítaca", como dice el verso. Que proviene de un famoso poema, "Arte poética", de *El hacedor* (1960):

sospecha de que no acabaría Ulises en la tranquila Ítaca, sino que habría de salir, como sabía Dante, que no había leído la *Odisea*, en busca de aventuras marinas. También en Ulises, según Borges, late una doble personalidad: es, a la vez, Nadie, el errabundo. De ahí la pregunta final:

Ya en el amor del compartido lecho
duerme la clara reina sobre el pecho
de su rey, ¿pero dónde está aquel hombre
que en los días y noches del destierro
erraba por el mundo como un perro
y decía que Nadie era su nombre?

También a Ulises le viene bien el título del libro *El otro, el mismo*.

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisar su Ítaca,
verde y humilde. El arte es esa Ítaca
de verde eternidad, no de prodigios.

Me parece muy característica la reacción de Borges. La corrección le parecía cierta; sin embargo no quiso retocar su verso. Los lectores, pensaba, ni leen bien a Homero ni a nadie, como para advertir esos detalles.

Como él mismo lo había hecho, Borges regaló a Estela los poemas de Homero para que los leyera en inglés. Borges tenía su vieja edición de Chapman, y conocía otras, que comenta en su artículo "Las versiones homéricas" (recogido en *Discusión*, de 1932). Allí cita las versiones inglesas de Chapman, Pope, Butcher, Buckley, Cowper, Lang y Butler (probablemente conoció también la de Lawrence y E. V. Rieu). No cita ninguna versión castellana, aunque tal vez leyera algunos cantos traducidos por su amigo A. Reyes⁴.

En todo caso, sintió desde muy pronto un gran afecto por la *Odisea* y por Odiseo, tantas veces evocado en sus poemas. Sólo mencionaré la última alusión, en su libro de poesías *Los conjurados* (Madrid, Alianza, 1985). Es el poema titulado "La nube":

No habrá una sola cosa que no sea
una nube. Lo son las catedrales
de vasta piedra y bíblicos cristales
que el tiempo allanará. Lo es la *Odisea*
que cambia como el mar. Algo hay distinto
cada vez que la abrimos...

El Ulises que Borges aprecia no es sólo el héroe homérico; es también el de Dante, ese intrépido aventurero que no se resigna a la vida hogareña en Ítaca y que vuelve a embarcarse y va hacia el Oeste en busca de otras tierras y acaba tragado en el mar oceánico, como bien recuerda en sus comentarios dantescos de *Siete noches*. La *Odisea* era uno de sus libros preferidos, y también apreciaba la *Eneida* de Virgilio, por otras razones. En cambio, como a Estela Canto, no le atrajo nunca la *Ilíada*⁵.

4.- Ver las citas recogidas en mi art. ya citado, pp. 330-335.

5.- Resulta un tanto sorprendente cuando uno piensa en el gusto de Borges por las escenas de combate épico, en su afición a los duelos de cuchilleros o de vikingos, en sus reiteradas evocaciones de espadas y aceros tajantes. Las observaciones de E. Canto (op. cit., pp. 254-255) me parecen también aquí muy atinadas, cuando habla de la pasión que Borges ponía en sus comentarios a las escenas belicosas de las sagas y textos anglosajones. Cito sólo unas líneas:

"Las batallas se suceden y asistimos a encontronazos de grupos reducidos que no luchan por una idea, como si el placer de la batalla prevaleciera sobre su motivo. El hombre pelea por pelear y tiene razón el que gana, aunque no la tenga.

Borges comentó algunas veces que había similitud entre estos choques en Nortumbria o Mercia y las peleas de compadres, gauchos matreros o cuchilleros de la mitología pampeana y rioplatense. La *Ilíada* abunda en esta clase de combates, pero los aqueos luchan por recobrar a Helena o los troyanos para conservarla. Y los reyes y guerreros que intervienen están bajo la advocación de algún dios que los protege y les infunde tal o cual virtud. A Borges los combates de la *Ilíada* distaban de gustarle tanto como los tediosos entrevivos entre jefes de tribus anglosajonas."

La observación dice mucho de los gustos de Borges por una violencia que le impresionaba en su mecánica sobriedad y sus gestos desgarrados, más allá del sentido de las contiendas. En Homero, en cambio, los combates tiene un trasfondo más complejo.

No deja de ser curioso este hecho. A Borges, que tan amigo fue de otras épicas, no le impresionó la gran epopeya helénica, esa epopeya trágica y polifónica, de inmenso resonar con sus dioses y sus héroes. Quizás, sospecho, porque era un poema demasiado poblado y patético, y él prefería los encuentros guerreros más simples, con menos aparato mitológico. El caso es que había leído mal la *Ilíada*, al parecer.

En sus *Diálogos* con Osvaldo Ferrari (Barcelona, Seix-Barral, 1992, pág. 62)⁶, lo dice muy claramente (o lo repite de nuevo):

Ahora, desde luego, él (Alfonso Reyes) había leído muchas más cosas que yo; él me enseñó (...) muchísimas cosas, sí. Y él tenía el culto de Homero. Y a mí me cuesta un esfuerzo admirar la *Ilíada*, salvo los cantos finales. Y, en cambio, leo y releo la *Odisea*; y como no sé griego, eso, de algún modo, es una ventaja porque me permite leer las muchas traducciones de la *Odisea* que hay.

Que Borges conocía mucho peor la *Ilíada* que la *Odisea* es justamente lo que atestigua la alusión que vamos a comentar. Procede del libro *Diálogos* que acabo de mencionar. Es, por tanto, una cita de una conversación, un texto del “Borges oral” tan difundido en sus últimos años. Está el diálogo 26, centrado sobre un tema muy, muy borgiano: “El culto de los libros”, en página 172. Osvaldo Ferrari va encaminando la conversación, en tono muy amistoso y desenfadado:

—La otra referencia que usted hace en ese ensayo, Borges, es la del octavo libro de la *Odisea*, donde se dice que Dios les ha dado la desgracia a los hombres para que tengan algo para cantar.

—Sí, creo que dice que tejen desventuras para que los hombres de las generaciones venideras tengan algo para cantar, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues eso ya bastaría para demostrar que la *Odisea* es posterior a la *Ilíada*, porque uno no imagina una reflexión de ese tipo en la *Ilíada*.

—Claro, porque Homero da la idea de los comienzos...

—Sí, y como dijo Rubén Darío: sin duda Homero tenía su Homero. Ya que la literatura siempre presupone un maestro, una tradición. Podría decirse que el lenguaje ya es una tradición, cada lenguaje ofrece una serie de posibilidades e imposibilidades también, o de dificultades. Yo no recuerdo ese ensayo: “Del culto de los libros”.

—Está en *Otras inquisiciones*.

—Sin duda existe, ya que no creo que usted lo invente para probar mi memoria o mi desmemoria.

“En el octavo libro de la *Odisea* se lee que los dioses tejen desdichas para que a las futuras generaciones no les falte algo que cantar”, así comienza el ensayo citado, “Del culto de los libros”, en *Otras inquisiciones* (1952). Los versos odiseicos aludidos son exactamente los de *Odisea* VIII, 579-580. Están en un pasaje muy interesante, cuando el rey de Feacia, Alcí-

6.- Conocí el libro de Osvaldo Ferrer después de haber escrito el ensayo antes citado sobre sus citas grecolatinas. Hay en esas conversaciones muchas referencias a los clásicos, a las lecturas favoritas de Borges, y muchas reiteraciones sobre temas muy suyos. Borges siempre se repitió bastante, si bien eso puede interpretarse como una fidelidad a sus ideas y aficiones. Si hubiera conocido esas charlas, habría aprovechado algunas en mis comentarios. Pero me alegró constatar que coincidían mucho con lo ya apuntado.

noo, se dirige a Ulises para preguntarle por el motivo de su llanto, poco antes de que el héroe comience a contar sus aventuras.

Dime por qué lloras y te lamentas dentro de tu ánimo
al oír el destino de los Dánaos, de los Argivos y de Ilión.
*Éste lo tramaron los dioses, y tejieron la perdición
a los humanos, para que exista un canto para los venideros.*

Resulta, en cambio, sorprendente que Borges afirme que “uno no imagina una reflexión de este tipo en la *Ilíada*”. No hay que empeñarse en imaginarla. Basta con leer los versos 357-358 del canto VI para encontrarla.

Allí le dice Helena a Héctor, comentando que por su culpa y la audacia de Paris hayan surgido tantos dolores en Troya y, en especial, tanta angustia para él:

*A nosotros Zeus nos dispuso un perverso destino, para que luego
fuéramos motivo de canto para los hombres venideros.*

Hay entre un pasaje y otro una cierta similitud. Es para consolar al afligido (Ulises en un caso, Héctor en el otro) por lo que el interlocutor invoca la creencia de que el destino lo han urdido los dioses para que así hubiera motivo de canto futuro. Es mucho más patético en boca de Helena, porque ella misma está involucrada en ese mal destino, en esa fatal ruina que será luego motivo de canto épico. Hay algún ligero eco verbal entre uno y otro texto (“para los hombres venideros” se dice igual: *anthropópois essoménois*), pero no repetición formularia.

Es muy probable que cualquier griego memorioso relacionara ambos textos, porque expresan la misma idea: los sufrimientos de los héroes serán luego motivo de canto, los *pathé* resultarán *aoidé*, y *aoidimoi* (“sujetos cantados”) los mismos héroes de duro destino. Como decía Rubén Darío, recordado por Borges, el autor de la *Ilíada* debió de tener su Homero anterior, y el autor de la *Odisea* lo encontró en el autor de la *Ilíada* (sobre los juegos de intertextualidad entre uno y otro poema, remito al excelente libro de Pietro Pucci, *Odysseus Polytropos*, Ithaca, 1987).

La idea de que la divinidad, aflige con un destino trágico a los héroes —a Ulises, y a Helena y Paris y Héctor, entre otros— ya está en esa epopeya, anterior a la *Odisea*, que a Borges le gustaba poco, en esa *Ilíada* que había leído mucho menos que la *Odisea*. Los dioses se disponen así a dar materia de canto a los poetas. Ellos, y no Helena, son, reconoce Príamo (*Ilíada*, III, 164-165), los verdaderos causantes de la guerra (E. R. Dodds en el cap. I de su gran libro *Los griegos y lo irracional* —trad. española, *Revista de Occidente*, 1960— analizó ese modo tan homérico de achacar a los dioses los desastres como un rasgo de la mentalidad antigua). Pero en el motivo de que así los poetas tengan materia para su oficio hay un estuendo rasgo helénico. Los héroes sufren para que luego otros los canten; su gloria está ligada así a sus padecimientos. La epopeya anticipa ya el sentir de los trágicos.

Pero no voy a alargarme. Aquí Borges, llevado por su afición a la *Odisea*, le atribuyó una originalidad muy discutible. Aquí sí que tuvo un pequeño descuido el memorioso charlista.

En fin, como en los otros dos casos recordados, estos pequeños olvidos no tienen ninguna importancia. Pero nos han servido para recordar, a nuestra vez, algunos textos e imágenes de curiosa prestancia, y para evocar otra vez la agudeza poética del gran autor argentino, uno de los más grandes y mejores lectores de nuestro tiempo.